

UN VIAJE NO MUY AGRADABLE EN CANOA

Había remado en canoa muchas veces, lo mismo que mi amiga Elisa; pero ella nunca había hecho las veces de timonel. El timonel se sienta en la parte de atrás de la canoa y la dirige. Me pareció que ésta era una buena ocasión para que aprendiera.

Comenzamos a navegar por el río Pino, de Michigan. Nos divertimos salpicando con agua a los otros excursionistas y admirando el paisaje a lo largo de las riberas. Más tarde miré el cielo y vi nubes amenazadoras. Tendríamos lluvia. Pero no se me ocurrió cambiar de posición con Elisa que no era experta en guiar una canoa. Debiera haberlo hecho, porque no tardó en comenzar a llover con furia. La visibilidad se redujo a escasos metros. Al voltear por un recodo, no vimos que el río estaba obstruido por un gran número de troncos estancados. Lo último que recuerdo es que salí despedido con fuerza de la canoa y que caí en la fuerte corriente que me hundió hasta que fui a dar debajo de los troncos. Quise asomar la cabeza pero no pude. Pasé un brazo por encima de un tronco pero la superficie estaba muy resbalosa y no logré alzarme. Entonces se me ocurrió que podría ahogarme. Oré: “Señor, te ruego que me ayudes”.

Volví a levantar un brazo y ponerlo sobre un tronco, y esta vez encontré una rama que no había tocado antes. Por fin logré salir del agua y echarme sobre el tronco. Era como si Dios hubiera bajado su brazo y me hubiera ayudado a salir del agua arremolinada.